

Entre tanto la Candace, reina de Etiopía, creyendo desguarnecido el Egipto, lo invadió y tomó las ciudades de Siene, Elefantina y Filas (22 a. J. C.). Petronio, con diez mil hombres solamente expulsó á los etíopes y los persiguió espacio de 970 millas, hasta su capital Napata, de que se apoderó. Otro ataque de Candace contra un puesto que el prefecto había fortificado á cinco jornadas al Sur de Filas (21 a. J. C.) fué también muy desgraciado para la reina, la cual consintió en pagar un tributo y en enviar embajadores á Augusto. Este los recibió en Samos, adonde fue-



Lucio César (1)

ron también con presentes diputados indios y escitas. Satisfecho de haber hecho comprender á aquel pueblo que los desiertos no lo ponían fuera del alcance de su mano, tuvo Augusto la prudencia de renunciar el tributo.

Esta doble expedición de los dos lados del golfo Arábico no dió brillantes resultados; pero, á lo menos, el nombre romano y cierto temor saludable llegaron á aquellas regiones, y con esto el comercio del mar Rojo tomó más incremento (2).

Los fastos capitolinos registran este año 21 un triunfo de Sempronio Atratino, por el Africa, y el año 19 otro, también africano, concedido á Cornelio Balbo (3). Este procónsul de Africa había penetrado, á las huellas de los antiguos comerciantes cartagineses, hasta el Fezzán (4), vasto oasis, que

(1) Lucio César, hijo de Agripa. Estatua encontrada en Telesia, cerca de Capua (Museo de Nápoles).

(2) El joven Cayo fué más tarde á ostentar otra vez las águilas romanas á la Arabia y hasta las orillas del mar Rojo, donde, según Plinio (*Hist. nat.* II, 67), hubo, de reconocer los despojos de navíos españoles que habían naufragado en aquellas costas.

(3) Floro (IV, 12) habla de una expedición afortunada de Quirinio contra los marmarides y los garamantes.

(4) Su capital actual, Murzuk, situada en el centro del país, está á 35 jornadas de Trípoli.

fué siempre el principal mercado del Africa setentrional. Es el punto de encuentro de las caravanas que salen de Marruecos y de Egipto, del Sudán y de las orillas del Mediterráneo: cuéntanse allí cien villajos.

Balbo agregó este país al Africa romana (5) y hoy todavía se ve en su frontera, en los pozos de *Bonjem*, un edificio romano construido con enormes cuadros de piedra: era una estación de las tropas imperiales (6).

Así, pues, los romanos penetraban en el desierto para reanudar las antiguas relaciones de Cartago, de la Cirenaica y de Egipto con los mercados interiores, y sus flotas se aventuraban á través del Océano Indico. En esta frontera la política de Augusto era enteramente comercial, emprendedora, activa, y el resultado será para estas provincias una prosperidad mayor ó más duradera que en ningún otro punto del imperio.

En Asia, donde se había encontrado enfrente de viejos Estados, cuyos recursos conocía, se mostró firme, pero reservado, compitiendo en habilidad más bien que en fuerza: así fundó aquel sistema de influencia y de intervención pacífica, que hará reinar por mucho tiempo la paz á orillas del Eufrates. Con esto, cuando después de dos años volvió á Roma, que Egnacio Rufo agitaba en nombre de la libertad de los comicios, olvidando el pueblo las quejas y los consejos del ambicioso á quien siguiera un momento, como seguía toda curiosidad, corrió á recibir al príncipe y le ofreció el consulado á perpetuidad con la prefectura de las costumbres.

En esto no había servilismo ni flaqueza, porque todos estaban bajo la fascinación de un encanto y aceptaban todos aquella dominación que buscando sólo la paz encontraba también la victoria; y se repetían los inspirados versos en que el amigo de Mecenas presentaba fugitiva á la reina de Etiopía, á la Armenia casi domada, á los dacios vencidos, y en medio de una corte formada por los diputados del mundo, un jefe parto de rodillas ante Augusto, recibiendo de sus manos una corona, como si Frahates debiera la suya al emperador (7).

Nada había halagado tanto el orgullo romano como esta aparente sumisión de un enemigo invencible al parecer. En recuerdo de esta victoria sin sangre ni lágrimas, se erigió un arco triunfal al que había rescatado las águilas cautivas, las cuales se colocaron en el templo de Marte Vengador, donde todos los reyes que soliciten la amistad de Augusto vendrán á jurar su buena fe ante aquellos reconquistados trofeos.

Augusto se sentía feliz en aquel momento, en que todo sonreía á su fortuna y servía á su grandeza. La paz reinaba en las fronteras, en el interior estaba vencida la anarquía, y sabias leyes y reformas legitimaban su poder. En torno de sí se agrupaba una familia numerosa y gloriosos genios. Octavia le quedaba; Julia, casada con Agripa y protegida contra sus vicios por las virtudes de su esposo, respondía á los votos del emperador con una dichosa fecundidad:

(5) Plin, *Hist. nat.* V, 3. Las dos principales ciudades tomadas por Balbo eran Cidamo, hoy Ghadames, á 80 leguas de Trípoli, y Garama (Germah) más lejos.

(6) La inscripción que allí se lee lleva el nombre de Septimio Severo (*Lyon's Narrative of travels*, VII, p. 240). Este viajero encontró en 1819 este gran oasis bien árido, pero lo considera como etapa necesaria para los que van de la Tripolitana al Sudán. Los viajes más recientes de Barth, Overweg, Vogel, Beumann, Gerhard, Rohlf y Nachtigal no han tenido aún otro resultado que ampliar nuestros conocimientos geográficos en aquellas inhospitalarias regiones.

(7) Suet. *Octav.* 21; Just. XLII, 5; Horac. *Epist.* I, XII; *Carm.* I, XI; II, IV, 8.

Cayo y Lucio, adoptados por Augusto, iban á continuar la sangre de los Césares (1).

Sin embargo, Livia no veía aún en estos niños rivales para sus hijos; Tiberio no mostraba más que talentos, y Druso el mayor, amado del pueblo y de los soldados, iba á dar pruebas de su valor. Con todo eso, algunas nubes habían pasado por aquel brillante horizonte. Marcelo había muerto, y la poesía se velaba de luto porque el cantor de Eneas expiraba en aquella misma hora en Brindis, y Tíbulo iba tras él al sepulcro.

Pero la muerte de Marcelo había devuelto el fiel Agripa al imperio; Ovidio y Propercio reemplazaban á Tíbulo, y las musas podían repartir entre Horacio y Tito Livio las coronas caídas de la frente de Virgilio.

II. - FRONTERA DEL RIN Y DEL DANUBIO.

El primer golpe contra esta gran prosperidad vino de los lugares de que vendrán todos los peligros del imperio, de las orillas del Rin. Sicambros, usipetes y ténteres habían pasado el río, batido la caballería romana y quitado á Lolio el águila de la quinta legión. A este ataque, como á una señal convenida, respondió á todo lo largo del Danubio un grito de guerra. El mundo bárbaro parecía levantarse como un solo hombre. La Istria y Macedonia fueron invadidas, y el vasallo de los romanos en Tracia, Remetalces, llamó en su ayuda á las legiones contra los besos y los sauromatas (17 y 16 a. J. C.).

Bien que sorprendido Augusto, obró con resolución: abrió el templo de Jano, y compartiendo, como lo había hecho ya otra vez, la administración del imperio con su yerno Agripa, asociado en aquel momento por cinco años al poder tribunicio, lo envió á Siria para evitar que las turbaciones tuvieran eco en Oriente. Algunos meses después se trasladó él mismo á la Galia (16 a. de J. C.). A su llegada, volvieron los sicambros á sus bosques, después de entregar rehenes, y sus tenientes en Germania, Panonia, el Nórico y la Tracia tomaron en todas partes la ofensiva y calmaron la agitación ó rechazaron allende el Rin y el Danubio á los pueblos que habían pasado estos ríos.

Superando á sus más audaces predecesores, el legado de Germania, Domicio Ahenobarbo, llevó sus águilas hasta la orilla derecha del Elba, hizo alianza con sus habitantes, y en medio de ellos erigió el altar de Augusto, á fin de invitar á aquellos pueblos al respeto del imperio y de sus dioses.

El altar de los ubios había sido el signo elevado por Roma á orillas del Rin para llamar á sí á la Germania occidental; el de Domicio, si puede durar, será el foco de que irradian la influencia romana entre el Elba y el Oder (15 a. de J. C.).

A su vuelta, construyó, á través de las pantanosas llanuras que separan el Ems del Vecta, los puentes largos (*Pontes Longi*). Con la espada ganaban las batallas los romanos; con fortalezas y vías de comunicación aseguraban sus resultados.

Entre las Galias y la Panonia, la frontera del imperio estaba cortada por los Alpes, esa fortaleza de la Europa central que ocupaban pobres y salvajes montañeses; estos tomaban lo que no tenían y devastaban en sus incursiones las ricas llanuras extendidas al pie de ambas vertientes. Recuérdese la desesperación de los helvecios, decididos á abandonar su patria para sustraerse á unas agresiones que no podían prevenir ni menos vengar.

(1) Nacidos el uno el año 20, y el otro el 17, y adoptados los dos por su abuelo.

No menos tenían que sufrir los cisalpinos, y para poner término á sus alarmas, dió Augusto á Druso y Tiberio el encargo de domar á los retos. Los dos hermanos que habían partido al mismo tiempo de Italia y de Galia, se encontraron en medio de la Recia, y perseguidos los bárbaros á través de sus lagos y acorralados en sus montañas, tuvieron que ceder á la disciplina romana. Como Agripa había hecho en otra ocasión con los cántabros, se les arran-



Druso el viejo (2)

có á los retos á su país, donde siempre se habían acordado de que habían sido libres: sólo se dejaron en él los hombres necesarios para el cultivo de los campos. Los tauroscos y los habitantes del Nórico tuvieron la misma suerte.

Los vencedores se dieron luego á los útiles trabajos de la paz, abriendo caminos y construyendo fuertes; y Augusto estableció audazmente más allá de las montañas y del Rin, á dos pasos del Danubio, una gran colonia que se denominó *Augusta Vindelicorum* (Augsburgo).

En comunicación con Italia por una vía que atravesaba el país de los grisonos y asentada á orillas del Lech, que cae á uno de los dos grandes ríos de Alemania y tiene sus fuentes cerca del otro, la capital de las nuevas provincias estaba bien situada para guardar la parte más vulnerable de la frontera romana en la Germania (3).

Más lejos, á orillas del Danubio y en el punto de encuen-

(2) Gabinete de Francia, donativo del duque de Luynes. Encontrada en 1848, en el Samnio, ha llevado esta cabeza tan expresiva, durante algún tiempo, el nombre de Druso, hijo de Livia. Esta opinión es muy problemática, pero por el trabajo puede fijarse la época de este bronce en el primer siglo de nuestra era y ver en tal personaje un contemporáneo de Augusto.

(3) La Recia y la Vindelicia no fueron consideradas como provincias hasta el tiempo de Tiberio.



Druso el viejo (medalla)

tro de la Nórica y la Panonia, se construyó una plaza fuerte, Carnuntum, que mantuvo en respeto á estas dos provincias (1). Augusto había vigilado desde la Galia estas importantes operaciones, retenido como estaba por la necesidad de dar la última mano á la organización de este país (2). Cuando partió de allí, dejó á Druso á la mira del Rin, siendo así el mismo hijo del emperador, uno de los herederos de su poder, el que se establecía en aquellas rudas regiones para protegerlas contra los bárbaros. Nunca se había visto semejante solicitud para con los vencidos, para con los súbditos.

Al otro extremo del imperio, visitaba Agripa la Judea, donde sacrificó en el templo de Jerusalén, como igualmen-



Augusto (3)

te todas las provincias orientales. Faltan pormenores sobre sus trabajos; los historiadores sólo nos hablan de Beruti, sacada por él de sus ruinas, y de un juicio solemne que puso término á las prolongadas contiendas sostenidas por griegos y judíos en las ciudades del Asia. Pero conocemos de sobra su actividad y su celoso interés por la prosperidad pública, y podemos afirmar que el hábil organizador y el temible guerrero empleó útilmente para la prosperidad de las provincias sus cuatro años de estancia en el Oriente. Ni una vez tuvo que desenvainar la espada, pero sometió sin embargo todo un reino.

Cierto Escribonio, presunto nieto del gran Mitridates, se

(1) No sabemos á punto fijo en qué época se edificó; pero el año 5 de nuestra era servía de plaza de armas á Tiberio (Vell. Pat. II, 109).

(2) Muchas de las colonias de Augusto en Galia y en España son de esta época (Dion, LIV, 23 y 25).

(3) Busto encontrado en Gabias (Museo del Louvre).

había apoderado del Bósforo Cimerio y hubo de ser degollado por sus mismos súbditos por aquel entonces. Para poner término á las agitaciones que comprometían la seguridad de las transacciones mercantiles, cuyo centro era aquel Estado, se decidió el general romano á agregarlo al reino del Ponto, y ordenó á Polemón apoderarse del Bósforo. Para restablecer la paz en sus fronteras procuraba Augusto fortificar los pequeños Estados vasallos del imperio con tanta solicitud, cuanta tuvo en otro tiempo el senado para debilitarlos. Bastó el anuncio de que Agripa llegaba á Sínope con una flota conducida por Herodes para que dejaran las armas de la mano.

Interesado por su posición, que hacía de él y de sus hijos los herederos de Augusto, en fundar con su ejemplo los hábitos monárquicos, Agripa rehusó el triunfo que le fué concedido, y sirviendo de regla su conducta á los demás generales, las más gloriosas victorias sólo valieron ya á los vencedores las insignias del triunfo.

No hay que ver en esta moderación, más indigna lisonja que vanidad ridícula en el espectáculo del príncipe subiendo al Capitolio para el triunfo de sus tenientes. En aquel pueblo de soldados, la idea militar había sido dominada por la idea religiosa: para ellos, el verdadero vencedor era el *imperator* que había tomado los auspicios, y no el general que había combatido. Muchos eran los que no creían ya en el favor de los dioses atestiguado por las entrañas de las víctimas, pero el uso duraba todavía.

Fuera de esto, la modestia de Agripa está impuesta por la del príncipe: á su vuelta de las Galias, hubo de entrar Augusto de noche en la ciudad. El día siguiente, después de saludar al pueblo, que se había apiñado alrededor de su palacio, fué al Capitolio á poner á los pies de la estatua de Júpiter los laureles que coronaban sus fasces, y luego se presentó en la curia para dar cuenta al senado de lo que había hecho durante su ausencia de Roma.

Restablecida la paz ó mantenida en todas partes, los dos jefes del imperio volvieron casi al mismo tiempo á Roma (13 a. J. C.). Augusto recibió en fin el máximo pontificado, y Agripa el poder tribunicio por cinco años. Pero la útil é interesante vida de este gran ministro tocaba á su fin. Enviado contra los panonios insurgentes, no tuvo más que presentarse para someterlos, y ya volvía á Roma cuando lo detuvo en la Campania aguda enfermedad.

Avisado Augusto en medio de un espectáculo acudió presurosamente, y sin embargo á destiempo ya para recibir el último suspiro de su yerno (12 a. J. C.). Su dolor fué profundo, porque perdió en Agripa, menos un teniente, que un amigo y un colega necesario, ante quien callaba toda ambición. Para la seguridad del nuevo gobierno nada había valido el ejemplo de este romano tan rico de virtudes y de fama como los más grandes hombres de la república y que voluntariamente se anulaba ante el príncipe para darle toda su gloria. La posteridad, que ama sobre todo á Mecenas, ha sido injusta con el infatigable trabajador para quien sólo fué el poder la obligación de obrar sin descanso en interés de todos. Pero si desde Accio, fué en fin gobernado el imperio y no tomado al pillaje, debe agradecerse gran parte de tan afortunada revolución al que se encuentra siempre ocupado ó preocupado de la utilidad pública. Quede pues asociado á la gloria de Augusto, como lo estuvo á sus trabajos en el senado y en las magistraturas, en el consejo y en el campo de batalla (4).

(4) Dion, LIV, 28. Tenía 51 años (Plin. *Hist. nat.* VII, 8). Augusto pronunció su oración fúnebre y lo hizo sepultar en el sepulcro que se había preparado para sí mismo.

Su muerte dejó en la familia imperial un vacío que nadie ni nada pudo llenar, y marcó el principio de ese segundo período de los largos reinados á menudo tan decadentes y tristes. Desde aquel día la soledad y el luto se hicieron mayores cada año al rededor de Augusto. Mecenas parecía ya en desgracia (1) y Horacio rehusaba los favores del dueño del mundo. Rodeado de intrigas y conjuras, arrastrado á guerras peligrosas, abrumado por un gran desastre público, verá Augusto caer uno tras otro á todos los suyos ó cubrir de vergüenza su casa, y quedará hasta los 76 años el único sobreviviente de sus amigos, de sus hijos, de sus grandes hombres, solo en frente de Tiberio.

El trabajo iniciado, durante la segunda estancia de Augusto allende los Alpes, exigía que se prosiguiera y consolidara. Druso que se quedó en la Galia para acabar el empadronamiento y vigilar á los romanos, se granjeó la buena voluntad de los provinciales con sus afables maneras y los indujo á hacer la demostración de que hemos hablado, la erección del templo de Roma y de Augusto. Quitándole toda preocupación la docilidad de las provincias Cabelludas, sobre lo que dejaba atrás, pasó el Rin, visitó detenidamente su orilla derecha, construyó fuertes para dominar los pasos, y tomadas estas precauciones, preparó una seria expedición.

La vasta llanura de la Alemania setentrional está cortada por muchas corrientes de agua: el Ems, el Weser y el Elba, que fluyendo de Sur á Norte forman naturalmente una serie de líneas de defensa contra un enemigo procedente del Rin. Pero, al contrario, si el enemigo viene por mar, le dan estos ríos acceso hasta el interior del país.

Druso tomó la última dirección que lo conducía rápidamente á espaldas de las tribus más inquietas; y para evitar la peligrosa navegación del litoral bátavo, abrió desde el Rin al Yssel un canal (*Fossa Drusiana*), que condujo sus navíos al lago Flevo (*Zuydersee*), cuyo emisario se abría sobre el mar del Norte. Habiéndose dejado ganar los frisones, penetró audazmente en el Ems, donde venció á los brúcteros en un combate naval, y en las bocas del Weser, donde quedaron en seco sus barcos á causa del reflujo, hubieran corrido el riesgo de ser destruidos por los chaucos, si los frisones que seguían por tierra sus movimientos no hubieran llegado oportunamente para desembarazarlo.

Esta primera expedición hubo de espantar ó atraer á la alianza de Roma á los pueblos del Norte, desde muy larga fecha enemigos de sus vecinos del Sur, entre otros los chaucos, que merecieron por su defección este elogio de Tácito: «Son el pueblo más noble de las naciones germánicas, el único que apoya su grandeza en la justicia.» Pero olvidando sus enemistades los sicambros, los queruscos y los suevos, unieron sus fuerzas contra aquellos romanos, que iban á buscarlos hasta sus mismos bosques. Los catos se negaron á entrar en la liga, y perdió mucho en ello, porque eran un pueblo poderoso, cuya brava infantería tenía mucha fama. «Los demás bárbaros van al combate, dice el pintor de la Germania; solamente los catos van á la guerra.»

Para castigar los sicambros lo que ellos miraban como

(1) Tácito á lo menos lo dice (*Ann.* III, 30): *Ætate provecta, speciem magis in amicitia principis quam vim tenuit*; y añade una bella frase sobre la fatalidad del poder que no puede durar siempre y sobre ese disgusto de que se poseen los príncipes que lo han dado todo y los favoritos que todo lo han obtenido. Plinio dice mucho más sencillamente y con más verdad (VII, 52) que Mecenas padecía de mucho antes una enfermedad nerviosa y una fiebre «que en los tres últimos años de su vida no le permitió una hora de sueño.» Es evidente que un consejero en tal estado de salud, rara vez debía ser consultado. ¡Cuántas veces el gran estilo de Tácito cubre el error ó el vacío!

una traición invadieron su país. Druso aprovechó la ocasión; echó un puente sobre el Rin, cerca la embocadura del Lippe, empresa no ya difícil desde César, y penetró por segunda vez en el Weser. Detenido á sus orillas por falta de víveres, tuvo que retroceder, pero la vuelta fué una serie de combates, y hacia las fuentes del Lippe, cercado por todas partes el ejército, parecía reservado para un gran desastre. Los bárbaros que habían quemado vivos veinte centuriones, se repartían ya los despojos: para los sicambros los cautivos, para los suevos la plata y el oro, para los queruscos los caballos.

Pero un vigoroso esfuerzo libertó á las legiones y desvaneció sus sueños. Druso construyó en este lugar la fortaleza de Aliso (Hamm ó Elsen, cerca de Paderborn) y dejó en ella guarnición para que sirviera de punto de apoyo en las



Agripa (2)

operaciones subsiguientes. Otro fuerte, construido más cerca del Rin, unió este puesto avanzado á la línea principal de las defensas romanas (11 a. J. C.).

Por la reciente sumisión de los retios y de los vindélicos, se había acercado Roma al Danubio; pero este río pertenecía aún á los bárbaros. Durante las campañas de Druso en Germania, se levantaron en armas y todo fué un incendio bélico desde la Nórica hasta el Ponto Euxino. En la Tracia, para recompensar la fidelidad de los odrisios, hábiles abandonado Augusto algunas tierras de los besos, consagradas á Baco. Un sacerdote del dios proclamó la guerra santa, dió muerte á uno de los dos hijos de Cotis y expulsó al tutor del otro, Remetalces, hasta el Quersoneso.

Con esto, toda la Tracia estaba perdida y hasta la Macedonia fué invadida. Un hombre hábil, L. Pisón, libertó estas provincias después de una lucha penosa, y declaró rey Remetalces, recibió el encargo de velar más de cerca y con mayor cuidado estas regiones. Parece que hubo de llenar bien su cometido, porque más tarde se halló en actitud de suministrar útiles socorros contra los dálmatas y los panonios.

Por este lado la guerra corrió á cargo de Tiberio. El año

(2) Busto encontrado en Gabias (Museo del Louvre).

12 a. J. C. debeló toda la Panonia, desarmó la población y vendió á los más valientes como esclavos. Pero el año siguiente este pueblo había encontrado ya armas y guerreros; excitados los dálmatas por este despertar de todas las nacionalidades bárbaras, hicieron también defección, y Augusto vió otra vez con espanto la guerra á las puertas de Italia. Tiberio conjuró el peligro á fuerza de actividad, y mereció compartir los honores concedidos á Druso por sus victorias más allá del Rin.

Las repetidas derrotas de los dálmatas y de los panonios, la amistad del gran pueblo de los escordiscos y la vigilancia de Remetalces permitían contar con la paz á lo



Arco de Druso

largo del Danubio. Augusto quiso ver de cerca la otra frontera, la del Rin, y el año 10 pasó por tercera vez á la Galia, con Tiberio y Druso.

Menester eran poderosas razones para que se hubieran reunido en esta provincia los tres jefes del Estado. Augusto esperaba aumentar allí con su presencia y sus hábiles lisonjas la adhesión á Roma y la devoción á su causa; pero también quería suspender las medidas que habían de tomarse para esta guerra de Germania, de donde las legiones volvían victoriosas siempre y siempre sin provecho.

A pesar de sus pacíficas intenciones, comprendía muy bien que el imperio no podía detenerse en el Rin. Si quería estar en quieta posesión de la orilla izquierda, tenía que dominar necesariamente toda la orilla derecha. Había pues que hacer dos clases de operaciones: unas defensivas, para hacer inexpugnable la posición en el Rin; ofensivas las otras, para llevar el terror en medio de las tribus germánicas, y condenarlas, si no á la obediencia, á lo menos al reposo. Augusto se ocupó sobre todo en las primeras. Con la mira de someter esta frontera á una vigilancia más activa, separó de la Bélgica el valle del Rin y formó dos gobiernos, la primera y la segunda Germania (1). Para defender el

(1) No hay fecha precisa para este desmembramiento; parece ha-

paso del río, hizo construir una línea de cincuenta fuertes, que se apoyaban en Maguncia, Bonn y Xanten (*Vetera Castra*), muy fuerte posición entre el Mosa y el Rin inferior, donde el imperio tuvo siempre ó casi siempre dos legiones. Bonn al Sur de Colonia y Gelb (*Gelduba*) al Norte de esta plaza quedaron unidas á la orilla derecha por dos puentes defendidos por dos flotillas. Enfrente de Maguncia, se comenzaron en el Tauno fortificaciones que debían extenderse más tarde á través de todo el bosque Hercinio ó Selva Negra. Donde extendiendo el río sus orillas, se hace menos profundo y rápido, se formó una segunda línea de defensa por detrás de la primera con puntos atrincheros establecidos á la margen del Mosa.

A estas precauciones se enlazaba el establecimiento de colonos galos en la Suabia, territorio abierto por donde los germanos podían penetrar en las posesiones romanas, deslizándose entre el Rin y el Danubio. Favorecida la emigración por los gobernadores de la Galia, atrajo á las *tierras decumanas*, ó sujetas á la décima, una multitud de aventureros, que cubrieron este punto débil de la frontera galorética. La ciudad de los rauracos (Augst, cerca de Basilea) en el gran recodo del Rin, comenzada por Planco, fundador de Lyon, recibió nuevos acrecentamientos, y dos legiones establecidas, la una en la alta Alsacia y la otra en *Vindonissa* (Helvecia) (2), cerraron este boquete del Jura y de los Vosgos, por donde en otro tiempo había pasado Ariovisto.

Todos estos puntos estaban bien elegidos para hacer del Rin una barrera infranqueable, y también lo estaban para favorecer la ofensiva, pues desde sus campamentos podían lanzarse las legiones al corazón de la Germania. Dos grandes afluentes del Rin bajan de los montes de Bohemia y del Hartz (Teutberg): el Mein que desemboca enfrente de Maguncia, y el Lippe, que confluye no lejos de *Vetera Castra*, después de haber pasado entre el pantanoso país de los brúcteros y las colinas de los sicambros. Las legiones de *Vetera* veían abrirse ante sí el amplio valle del Lippe que los llevaba al país de los queruscos; las de Maguncia vigilaban y amenazaban la vasta cuenca que atraviesa el Mein, y desde Colonia era fácil alcanzar el Weser ganando el punto en que acaban los sudetos y comienza el Hartz.

Rumores de guerra en la doble frontera que Augusto creía pacificada, vinieron á sorprenderlo en medio de sus trabajos. Los dálmatas se sublevaban; los dacios, pasaban á pie enjuto el helado Danubio é invadían el territorio panonio, y los catos, unidos esta vez con los sicambros, porque los romanos querían obligarlos á cambiar de mansión, tomaban otra vez las armas.

Los dos hijos de Livia corrieron contra estos enemigos, que ya les eran conocidos. Tiberio triunfó sin dificultad de los dálmatas y dominó su turbulencia, obligándolos á emplear su actividad en la explotación de las minas. En las provincias danubianas, dispuso tan hábilmente sus guarniciones que restableció la paz por espacio de quince años. Los comerciantes romanos se dieron prisa á acudir adonde

berse realizado bajo el reinado de Augusto, porque en el año 9 de nuestra era, tenía Colonia, como Lyon, un altar de Roma y de Augusto, con un sacerdote elegido, lo que permite suponer una organización provincial (Tácito, *Ann.* I, 39, 57). La Germania superior se extendía desde el Aar hasta el Mosela y la baja Germania del Mosela al Océano.

(2) *Vindonissa* (Windisch) á poca distancia del Rin y de los puntos en que se encuentran el Aar, el Reuss y el Limmat, era un puesto estratégico de grande importancia. En él se han encontrado antigüedades romanas y sobre todo un bellissimo mármol representando la loba y los gemelos.

los llamaba la paz y con ella el interés de sus negocios, llevando consigo las costumbres y la lengua de Italia. «El conocimiento de la disciplina y aun el del idioma de los romanos, dice un testigo ocular, estaban extendidos entre los panonios; muchos de ellos cultivaban las letras y se habían familiarizado con los ejercicios del espíritu.» Sirmio, Siscia y Salona eran los principales focos de que irradiaba la influencia romana.

Druso, por su parte, había resuelto también hacer de la Germania una provincia: con ayuda de auxiliares bárbaros venció á los catos, y dejándose caer sobre los marcomanos, establecidos entonces á orillas del Mein, los rechazó hacia el Este. Estos triunfos desembarazaban la orilla derecha del Rin, enfrente de Maguncia; y para castigar á las tribus del Norte, como á las del centro, subió por en medio del país de los queruscos hasta el Elba, erigió un trofeo á sus márgenes y recibió á los embajadores de los cimbro, que le pidieron su amistad.

Los dos pueblos se habían encontrado á orillas del Po, y volvían á encontrarse á los últimos confines de la Germania. ¡Qué progreso hecho en un siglo por las armas romanas!

Druso envió los diputados á su padre, y Roma imperial vió cómo aquellos terribles enemigos de Roma republicana traían en ofrenda á Augusto, como á un dios, los instrumentos de sus sacrificios.

Viniéndose encima á más andar el invierno, había tomado ya Druso el camino de sus acantonamientos, cuando se cayó del caballo y se hirió mortalmente. Tiberio, á la sazón en Pavía, pasó apresuradamente los Alpes y pudo recibir el último suspiro de su hermano. El valeroso príncipe apenas tenía treinta años, y su muerte fué una pérdida irreparable para el emperador. Druso había puesto su gloria en la conquista de Germania, obra difícil que á no dudar hubiera consumado dando á la Galia un baluarte necesario.

En Roma se hablaba de sus sentimientos republicanos, como se decía de Marcelo y de Agripa, como se dirá de Germánico y de todos aquellos cuyo origen coloque cerca del poder: es una táctica muy vieja y siempre nueva de los príncipes herederos, ó como en el caso presente, de las facciones que querían servirse de ellos.

Augusto tenía el derecho de contar con la abnegación de Druso y con sus aptitudes, y aun esperaba ver en él un protector de los hijos de Julia. Habíale erigido un arco de triunfo que todavía se ve en Roma, á la entrada de la vía Apia. Despojado de los mármoles que lo revestían, este arco tiene el triste y severo aspecto que conviene á un monumento de victoria, que vino á ser tan pronto un monumento de duelo universal.

El año 8 partió Augusto por cuarta vez á Galia llevando consigo al primogénito de Agripa, Cayo César, y á Tiberio, á quien había obligado á tomar á Julia por esposa. Una odiosa traición hizo que se rompieran de nuevo las hostilidades. Todas las tribus germánicas le habían enviado embajadores; pero del país de los sicambros ningún diputado se le presentó, y con este pretexto negó la paz solicitada. Este bravo pueblo, por no ser causa de guerra, se decidió á seguir el ejemplo de sus vecinos; pero cuando el emperador tuvo á la mano á todos los jefes de la Germania, se apoderó de ellos y los retuvo presos en varias ciudades de las Galias, donde se suicidaron de enojo y vergüenza.

La victoria se puso de parte de la iniquidad; Tiberio, al frente de las legiones de Druso, venció á los sicambros y trasladó á la Galia cuarenta mil bárbaros. Una parte de los catos expulsados de su país por la guerra civil, obtuvo la gracia de establecerse en la isla de los bátavos, á con-

dición de poner á servicio del emperador-todas sus fuerzas.

La política romana poblaba así la orilla izquierda del Rin y procuraba dejar desierta la orilla derecha; medida inútil, porque replegados sobre sí mismos estos pueblos, volverán á los parajes de que se les expulsara, y medida peligrosa además, porque el establecimiento de los germanos en Galia comienza el sistema de colonización de las fronteras, que dará á los bárbaros la llave de las puertas del imperio. La misión histórica que la conquista de César había impuesto á Roma, era llevar al Rin la civilización latina; germanizando la Galia oriental, faltaba Augusto á ella, y esta política, continuada por sus sucesores, preparó el éxito de las invasiones que hicieron alemana la orilla gálica del gran río (1).

Las victorias de Tiberio parecían haber domado á los germanos. Augusto se concedió el honor de extender el pomerio, porque creía haber extendido las fronteras del imperio (8 a. J. C.). Por la tercera vez cerró el templo de Jano, y durante doce años, estas puertas de donde salía la guerra, no se abrieron.

En medio de este silencio de los ejércitos, nació Aquel que iba á poner en el cielo un solo Dios y en la tierra un solo dogma, la fraternidad (2).

Esta paz universal no era sin embargo tan completa que pudiera temer el emperador para sus legiones la peligrosa ociosidad de los campamentos. Preocupado de consolidar el poder romano en el Rin y el Danubio, había casi olvidado el Eufrates, cuando ciertas turbaciones en Armenia y la intervención de los partos en este reino, que Roma debía conservar bajo su tutela, hubieron de obligarlo á enviar á su nieto Cayo á Oriente (1 año a. J. C.) para que no se deshiciera la obra de sus mejores años.

El joven príncipe visitó primero el Egipto, atravesó con fuerzas considerables el país de los nabateos, la Palestina y la Siria y fué á poner en el trono de Armenia á un vasallo del imperio. Era un nuevo reconocimiento de las fronteras orientales, como el que Augusto había hecho el año 30 y el 20, y Agripa cinco años después, y no envolvía ningún peligro serio, pues para abandonar la Armenia al emperador, el rey de los partos, hijo de aquella astuta italiana enviada por Augusto á Frahates, no pidió más que una cosa: que se le retuviera bien á sus hermanos en Roma (3).

Algunos años después, incestuoso y parricida, Frahates fué asesinado con su madre por sus indignados súbditos. Ordes, proclamado en su lugar, se mostró tan cruel que un nuevo regicidio volvió á dejar vacante el trono, y los diputados del país vinieron á Roma á buscar un rey. Augusto les dió á Vonones: una monarquía tan perturbada no era de temer.

En la Germania, recorrían también las legiones anualmente el país para dejar ver sus estandartes. En los años

(1) Los alemanes aplauden esta política, viendo en aquellos colonos los primeros camineros de las futuras invasiones germánicas (Preuss, *Kaiser Diocletian*, p. 55). Durante mi ministerio, hice todos los esfuerzos que la ley no me vedaba para reemplazar el alemán con el francés en las escuelas primarias de los cantones alemanes de la Lorena; mas, por desgracia, el clero local se creyó interesado en combatir estas medidas.

(2) La fecha del nacimiento de Cristo es el año de Roma 747 según Fisher, Ideler y Reynold; 749 según Clinton y Zumpt; según San Lucas y San Mateo, nació Jesús unos dos años antes de la muerte de Herodes, que murió ciertamente en 750. La era cristiana debería pues retroceder cuatro ó cinco años.

(3) Josefo, *Antig. Jud.* XVIII, 3. Según Saint-Martin, Frahates no había muerto, pero Frahataces, el hijo de Termusa, tenía el título de rey. Dió muerte á su padre el año 9. Como más adelante hemos de tratar de la Judea, indico aquí solamente que este país fué reducido á provincia romana el año 6.